



## 150 Aniversario de la Fundación de la Congregación de las Hermanas del Amor de Dios

La liturgia de la octava de Pascua prolonga *el día que hizo el Señor para nuestra alegría y nuestro gozo*. Y en estos días la Palabra de Dios nos va introduciendo en las experiencias que tuvieron los primeros discípulos en sus encuentros con el Resucitado. Además, nos acerca al primer anuncio gozoso de los apóstoles sobre el significado salvador de la muerte y resurrección de Cristo y nos ilumina así para comprender hoy las antiguas Escrituras referidas a su misterio pascual. De esta manera, la santa madre Iglesia sigue ofreciendo a sus hijos la ayuda necesaria para que la fe en la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte configure nuestro quehacer diario como vida nueva en la luz y en la libertad del amor, que el Espíritu ha derramado en nuestros corazones. La alegría del perdón de los pecados, la gracia y la paz de Cristo, la confianza en el amor de Dios que destierra el temor, la libertad de las ataduras del mundo y la aspiración a los bienes del cielo se van asentando así de forma progresiva en nuestra vida cristiana como valores fundamentales del Reino de Cristo, en el que nos ha introducido el bautismo. Así surge espontáneamente en nosotros el canto de acción de gracias: *¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!*

En este marco pascual celebramos esta Eucaristía de acción de gracias a Dios al cumplirlos los primeros 150 años de la fundación de la Congregación de Hermanas del Amor de Dios, nacida en la villa zamorana de Toro, el día 27 de abril de 1864, por obra del Venerable P. Jerónimo Usera. Y este marco pascual no es meramente temporal, no es calendario externo. El misterio de Cristo, muerto y resucitado, es el verdadero marco espiritual e interior en el que halla su posibilidad de origen y de misión la nueva Congregación de Hermanas del Amor de Dios y, previamente, la vida y ministerio sacerdotal del P. Jerónimo Usera, así como la vocación cristiana y la llamada a la consagración a Dios de las nuevas Hermanas del Amor de Dios. En efecto, **la experiencia espiritual de toda virgen consagrada se centra en el encuentro con el misterio de Dios vivo a través del encuentro con Cristo en la riqueza de los misterios de su humanidad: Encarnación, muerte y resurrección**. La vida cristiana es vida de Dios en nosotros; es vivir la vida de su Hijo amado por obra del Espíritu Santo, que derrama en nuestros corazones el Amor de Dios. En consecuencia, **el origen de vuestra Congregación sólo puede ser pascual**: un paso del dominio las tinieblas *“al reino del Hijo de su Amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados”* (Col 1, 13-14). Y ese origen pascual **tiene su raíz primera en el designio eterno de Dios**, que *“nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor”* (Ef 1,4).

Cristo resucitado es nuestra Pascua. En la gozosa comunión con él, que se origina en el bautismo y se actualiza de forma permanente en la eucaristía, fluye a nosotros de forma incesante el agua viva del amor a Dios y a los hermanos que brotó de la fuente de su



costado traspasado en la cruz. Y el amor entre los hermanos es siempre un gozoso encuentro pascual con Cristo. Por ello, **nuestra acción de gracias a Dios tiene su origen en el amor que de Él recibimos y en el amor que con los hermanos en Cristo compartimos.** Y así lo manifestamos hoy al dar gracias a Dios por los 150 primeros años de vuestra misión como testigos del Amor de Dios en el ámbito de la educación, vuestro principal carisma institucional, y en las restantes tareas de servicio de amor, que habéis ido asumiendo dentro de la misión de la Iglesia.

El Evangelio de hoy nos ha acercado a la escena de la aparición de Jesús resucitado a algunos discípulos mientras ejercían su oficio de pescadores en el lago de Tiberíades. Como en la primera pesca milagrosa, narrada en el Evangelio de Lucas (5,1-11), la palabra de Jesús resucitado, dirigida en esta ocasión desde la orilla del lago, ha sido también causa de una pesca sobreabundante. La primera pesca fue ocasión para la llamada de los primeros discípulos y a Simón en particular a ser *“pescador de hombres”*. Con esta segunda pesca viene Jesús resucitado a identificarse con el que estuvo con ellos pescando en la barca y a confirmar aquel primer envío a la misión. Pero ahora *“los discípulos no sabían que era Jesús”* quien les hablaba desde la orilla; era necesaria la fe para reconocerle. Y, de nuevo, es Juan, el *“discípulo que Jesús tanto quería”*, el que reconoce a Jesús y le dice a Pedro: *“Es el Señor”*.

La confirmación de la misión viene expresada en la continuación del texto, hoy no leído, mediante el diálogo de Jesús con Pedro. La llamada a Simón a ser *“pescador de hombres”* se ha confirmado como encargo de apacentar las ovejas por amor a Jesús: *“Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?... Apacienta mis ovejas”* (Jn 21, 17).

Y la lectura de los Hechos de los Apóstoles nos ha mostrado la forma en que Pedro comenzó a ejercer su oficio de pastor de las ovejas de Jesús: curando a un paralítico *“en nombre de Jesucristo Nazareno”* (Hch 3,6) y anunciando la resurrección de Jesucristo (Hch 4, 8-12). La curación en nombre de Jesucristo acredita la verdad de su resurrección y el poder de salvar que ha recibido de Dios. Jesucristo resucitado se ha convertido en piedra angular de la edificación de una nueva casa espiritual con piedras vivas *“a fin de ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios”* (1 Pe 2,5). Los que nos hemos acercado a Jesucristo y hemos recibido la salvación por la fe y el bautismo somos *“un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para”* anunciar *“las proezas del que”* nos *“llamó de las tinieblas a su luz maravillosa”* (1 Pe 2, 9).

El anuncio de la resurrección de Jesucristo llevaba consigo la denuncia de su injusta condena a morir en la cruz y la acusación a los que le han deshechado del templo de Dios. Por ello, los sacerdotes y las autoridades religiosas estaban indignados y metieron en la cárcel a Pedro y Juan, les hicieron comparecer en juicio (Hch 4, 2-3) y *“les prohibieron severamente predicar y enseñar en nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo: ¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído”* (Hch 4, 18-20). Esta contrariedad acompaña siempre la misión de



los discípulos del resucitado. Y también el P. Jerónimo Usera tuvo que ser testigo del amor salvador de Dios, levantando la voz ante gobernantes y reyes en defensa de la justicia y de los pobres.

Jerónimo Mariano Usera y Alarcón, nació en Madrid el 15 de septiembre de 1810, en una familia de hondas raíces cristianas, alto nivel social y cultural y sentido patriótico, mientras la sociedad española sufría las consecuencias de la guerra de la independencia, que se manifestaban como hambre y miseria en las clases sociales más pobres.

Los cimientos familiares, unidos a su bondad natural y talento, hicieron de Jerónimo Usera un hombre de rica personalidad y sólidas virtudes, un espíritu inquieto y amante del saber, con sentido de servicio y amor a Dios, a la vez que arriesgado y generoso para ayudar a los necesitados.

Convencido de que Dios le ha llamado, se abre al amor de Dios en el silencio y la oración del Cister. A la temprana edad de catorce años, el día 3 de marzo de 1824 tomó el hábito en el monasterio de Santa Maria la Real, de Osera, en Orense. Después de su ordenación sacerdotal, Fray Jerónimo fue destinado al monasterio de San Martín de Castañeda, en la región zamorana de Sanabria. Fue nombrado predicador y en poco tiempo conoció todos los pueblos de la comarca.

La nueva situación creada a los monasterios por la desamortización le obligó, en 1835, a cambiar la paz y armonía del claustro por la contemplación en medio de la acción solidaria y liberadora de la sociedad de su tiempo. Jerónimo supo leer el querer de Dios en los acontecimientos históricos y, movido por la fuerza interior de su experiencia cisterciense, llegaría a iniciar nuevos caminos de evangelización y promoción humana, en tres continentes: Europa, África y América.

Jerónimo Usera fue primero párroco rural en Uceda (1835-40) y luego profesor de griego y hebreo en la Universidad Central de Madrid (1841-44). En 1844, mientras realizaba esta docencia, le encargaron la educación de dos nativos africanos traídos a España desde la isla de Fernando Póo. Este hecho influyó notablemente en su vida y suscitó en él un gran amor y dedicación a la defensa de la raza negra, motivo por el que marchó como misionero a Guinea en 1845. Pero una grave enfermedad le obligó a volver a España. Desde 1848 hasta 1891 su apostolado misionero y educativo se centró en Cuba y Puerto Rico.

**El 27 de abril de 1864 fundó en España la Congregación de las Hermanas del Amor de Dios**, dedicada a la enseñanza y a la atención a los más necesitados, con una clara proyección misionera. **“La caridad de Cristo nos hace correr”** fue el lema con el que Jerónimo Usera congregó a las hermanas. Y en el escudo de la Congregación hizo constar que **“El amor de Dios hace sabios y santos”**.

La nueva Congregación venía a satisfacer una grave necesidad social, dada la insuficiente atención estatal a la enseñanza y el alto grado de analfabetismo y de incultura. El primer colegio fue abierto con gran aceptación social en la villa de **Toro, provincia de Zamora**. Tras fundar más colegios, Jerónimo Usera volvió a Cuba, donde continuó con mucho fruto la obra que había emprendido en España y le fueron encomendadas tareas muy relevantes en el gobierno eclesiástico y en la enseñanza a los futuros sacerdotes. Fue canónigo en la Catedral de Santiago de Cuba y deán de las catedrales de Puerto Rico y de la Habana. En esta ciudad murió el día 17 de mayo de



1891. Sus restos fueron trasladados en 1925 desde Cuba hasta la casa fundacional de Toro. El 28 de junio de 1999 fue reconocido como **venerable** por el papa Juan Pablo II. Su profunda espiritualidad y su compromiso apostólico se manifiesta en la acción pastoral y pedagógico-social que desarrolló en cada uno de los lugares donde ejerció su ministerio sacerdotal. Tuvo el gran carisma personal de acertar a movilizar y organizar grupos a favor de su gran objetivo: promover la vida cristiana de la sociedad y abrir a los pueblos un camino de desarrollo y felicidad. Los predilectos en su acción evangelizadora fueron los niños, la mujer y los negros esclavos y campesinos.

El P. Usera confesó: “Debo decir a los que no me conocen que hace tiempo me he consagrado por entero a los derechos de la raza negra a la que amo en Jesucristo, que es el mejor y más desinteresado amor”. Y pedía a Dios: **“Dame, Dios mío, más dilatados horizontes, nuevas tierras para extender tu reino”**. Pues su meta era que “el amor de Dios reine en nuestros corazones”. Sólo así se podía vencer el egoísmo, que “es la muerte de la sociedad y de las familias”.

Creía que **“Dios creó al hombre superior a todo por lo noble y elevado de su entendimiento y el libre uso de su libertad”** y “¡cuán grande es la fuerza de la verdad! Por ello, sentía vivamente **“¡Cuánta necesidad y cuánta hambre hay de enseñanza! Sobre todo de enseñanza sólida y religiosa”**, y estaba convencido de que **“el mayor de los beneficios que pueden hacerse a un pueblo, es enseñarle a la vez los deberes de un buen cristiano y un buen ciudadano”**. Este lema le pone en estrecha sintonía con San Juan Bosco, del que fue contemporáneo.

En la realización de esta tarea pastoral y educativa siguió el P. Jerónimo Usera la llamada de Dios a hacer el bien en la tierra como respuesta al amor recibido de él. Y lo hacía sintiendo que **“a este Dios veraz y bienhechor del hombre se debe toda acción de gracias.”**

Iglesia de San Juan de Sahagún, 25 de abril de 2014